

*Discurso de aceptación del Doctorado “Honoris Causa” de la
Universidad Complutense de Madrid
de la Excm. Sra. Luce López-Baralt*

25 de enero de 2019

Señor Rector Magnífico de la Universidad Complutense de Madrid, profesor Carlos Andradás, excelentísimas autoridades, Excmo. Señor don Eduardo Garrigues, embajador de España y ex-Cónsul en Puerto Rico, Excmo. Señor don Mario Vargas Llosa, compañera Doctora Honoris Causa, Excm. Señora Doris Salcedo; claustro universitario, compañeros graduandos, señoras y señores, amigos todos. Agradezco vivamente al Rector y a la Facultad de Filología, representada por su Decano, el Profesor Eugenio Luján, la concesión de este doctorado honorífico que tanto me conmueve y me honra. Va mi gratitud especial a mi madrina, la doctora Fanny Rubio, por su generosa laudatio, tan emocionante para mí.

San Agustín se pregunta por el sentido del tiempo en sus Confesiones (XI, c. 14,7): Quid est ergo tempus? si nemo ex me quaerat, scio; si quaerenti explicare velim, nescio. Es decir: “si no me lo preguntan, lo sé; si me lo preguntan, lo ignoro”. Aunque también ignore yo el significado filosófico del concepto “tiempo”, este instante en cúspide de mi investidura como Doctora por la Universidad Complutense de Madrid me ha permitido descubrir que el tiempo es capaz de ser modificado, de ser redimido y conjurado. Este punto en el tiempo ha logrado para mí reconciliar mi pasado con mi presente, haciéndolos confluir de manera gozosa. Sé bien que los anteriores recipientes de este grado honorífico se habrían sentido honrados con su alta distinción, y evocar algunos de sus nombres me produce vértigo: Albert Einstein, Nelson Mandela, Rafael Alberti, Mijail Gorbachov, Plácido Domingo, Camilo José Cela, Adolfo Suárez, Joan Manuel Serrat, Elena Poniatowska, Jane Goodall. Sin embargo, me atrevo a afirmar que a ninguno de estos sabios le emocionaría este título honorífico de manera tan íntima como a mí, pues culmina mi vida académica en un punto en el tiempo en el que todo pacta: es un instante feliz que para mí abraza muchos otros instantes.

Debo explicarles por qué. Y paso a contarles una historia “destiempada”. Hace cincuenta años debí haber lucido este birrete doctoral de la Universidad de Madrid, que entonces me eludió del todo. A finales de los sesenta, siguiendo la trayectoria de ilustres filólogos puertorriqueños como Margot Arce, Antonio S. Pedreira y Rubén del Rosario, que se habían formado en la Escuela de Ramón Menéndez Pidal, vine a Madrid para doctorarme. Aprobé con honores los cursos, pero lo hice de manera precaria, pues el Ministerio de Educación no acababa de convalidar mis titulaciones previas de la Universidad de Puerto

Rico y de la Universidad de Nueva York en Madrid, sin lo cual no podía culminar mi grado de manera oficial.

Eran los años de la dictadura--tiempos recios, como decía Santa Teresa--, y la Universidad, frecuentada por huelgas y “grises” a caballo, veía violentado el sosiego de sus aulas. Estudié aquí con profesores distinguidos, pero tuve otros que, por las circunstancias adversas de aquellos años, sólo podían enseñar en programas para extranjeros: mis inolvidables Carlos Bousoño y José Hierro. Pero nadie quedaba a salvo de las tensiones del momento. Ni siquiera Dámaso Alonso, egregio catedrático de Filología y poeta de la Generación del 27 sobre cuya poesía (afición que comparto con mi madrina la doctora Fanny Rubio) había escrito mi tesina de graduación para la Universidad de Puerto Rico. Dámaso (así me exigió siempre que le llamara) se interesó vivamente al saber que yo estudiaba sus versos, y sostuvo larga correspondencia conmigo, proveyéndome datos invaluable para mi trabajo. Una vez en Madrid, estrechamos una entrañable amistad que habría de durar muchos años. Nunca olvido el día que lo conocí en su jardín florido de Chamartín de la Rosa, que engalanaba un gato silvestre llamado irónicamente Roldán por su extrema cobardía, con quien mi hermana Mercedes y yo trabamos amistad inmediata.

Dámaso tuvo noticia de que la homologación de mis cursos tardaba demasiado en resolverse dada la lentitud del aparato burocrático. Pasaban los años y el asunto se trocaba en pesadilla: una vez por semana nos presentábamos mi hermana y yo en el Ministerio de Educación para intentar homologar nuestros títulos universitarios previos. Los encargados de estas convalidaciones eran unos funcionarios mal encarados que siempre nos despedían, como otrora al Monsieur Sans-délai de Larra, con un malhumorado “vuelva ud. mañana”. Indignado, Dámaso decidió terciar por mí personalmente. Urdió un plan maestro: argumentaría mi caso ante las autoridades del Ministerio, diciendo que me había traído a Madrid y que yo era, por lo tanto, su responsabilidad directa. Yo debía callar mientras él negociaba.

Al acercarme al temido Ministerio en el coche oficial de Dámaso, que era por aquel entonces Director de la Real Academia Española, pensé que mi desgracia burocrática quedaría solventada enseguida, pues necesitaba convalidar estudios justamente en Lenguas Románicas, la especialidad del distinguido catedrático. Imposible encontrar un “enchufe” más estratégico. Dicho y hecho: Dámaso se presenta al Ministerio, con su gran despliegue de autoridad, junto a su niña muda, y un primer funcionario impaciente lo envía, dado quien era, a una autoridad más alta, pero esta autoridad lo dirige a otra y luego a otra, mientras Dámaso argumentaba mi caso cada vez con más desvalimiento. Ni liarse a gritos con la última de las instancias administrativas sirvió de nada. Vi con mis propios ojos cuando Dámaso bajó la cabeza y abandonamos el Ministerio, derrotados y aturcidos. Nunca logré la deseada homologación -aún está pendiente, perdida en algún rincón del Ministerio- y mi solidario amigo Dámaso me recomendó a la Universidad de Harvard,

donde al fin me doctoré en literaturas románicas bajo la tutela impagable del maestro Raimundo Lida.

Dije del tiempo conjurado en este día entre mis días en el que me recibo al fin de la Universidad Complutense. Es que este instante resume "su palpito en un punto", por decirlo con un verso de Manuel Ángel Martín López, y su palpitación conciliatoria hace que aquellos funcionarios de antaño del "vuelva ud. mañana" dejen mágicamente su pasado inmemorial para trocarse de súbito en estos benévolos maceros que hoy me escoltan con sus atuendos ceremoniales a este podio venerable. El inamovible Ministerio de Educación de otrora se deslíe en la gentileza del Rector Magnífico, Prof. Carlos Andradás, que me ha investido con este grado que al fin puedo dar por mío. La frustración académica de mis años de estudiante se trueca en gozo: los tiempos confluyen y se reconcilian misericordiosamente. Este punto mágico del tiempo redime todos los escollos académicos del pasado, y permite que los dé por buenos: si Dámaso Alonso hubiera triunfado aquella tarde en el Ministerio, no estaría hoy aquí ante uds., recibiendo mi ansiado doctorado madrileño.

Les sigo explicando, porque hay más en este tiempo colmado de sí en el que la Complutense me abre sus puertas. Este instante, polivalente como la buena poesía, hace que muchas experiencias dancen al unísono. Para mi regocijo íntimo, me doctoro por una Universidad muy distinta a la que yo viví. Si bien estudié en aquella, me doctoro en ésta, que guarda más relación con la ilustrísima Universidad de la Segunda República. Una vez más, los tiempos se entrecruzan, como una esfera que se cierra sobre sí misma. Cuando, en los años sesenta, caminaba por los pasillos de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria, ignoraba lo que había sido y lo que habría de ser esta casa letrada. Hoy sé bien de las altas metas que tuvo cuando era aquella institución abierta que contaba con claustrales ilustres como Ortega y Gasset, Menéndez Pidal, José Gaos, Xavier Zubiri, Américo Castro, Asín Palacios, María Zambrano, María de Maeztu y Pedro Salinas. Y con jóvenes alumnos como Alonso Zamora Vicente, a quien tuve la dicha de tener como profesor aquí. Tarde fue que llegué a comprender la magnitud de su indignación cuando los grises irrumpían a caballo y teníamos que huir juntos de la Facultad: de joven él había vivido muy de otro modo su alma mater, pero el milagro civilizatorio de aquella Facultad que recién estrenaba en 1933 su espacio ante los montes de Guadarrama ya no podía ser tras los estragos de la guerra.

La antigua gloria de esta institución no era parte del imaginario del estudiantado históricamente desmemoriado del que formé parte. Tarde habría de descubrir lo que fue realmente mi alma mater perdida en la Noche de los tiempos, como diría Muñoz Molina, que la noveló con nostalgia. Me abrió los ojos el volumen La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República, coordinado por Santiago López-Ríos y Juan Antonio González Cárceles. Allí descubrí que el vestíbulo principal de mi Facultad había ostentado

una inmensa vidriera art decó, hecha en 1935 en el entorno artístico del vidriero Alberto Martorell. Gracias a la rebusca de antiguos bocetos y fotografías, sus cristales multicolores, que volaron en añicos durante la Guerra Civil, relucen de nuevo reconstruidos y dan cuenta al estudiantado de la educación cosmopolita que están en proceso de recibir en un edificio que hoy ha sido declarado Bien de Interés Cultural. Y traigo el ejemplo del idiorama numinoso de esta vidriera porque sintetiza el abrazo sabio que esta Universidad dio a las civilizaciones más disímiles. Gracias al Vicedecano López-Ríos, a cuya memoria histórica tanto debe la Complutense, he logrado descifrar su mensaje encriptado, inspirado en las disciplinas que se estudiaban otrora: la prehistoria, el arte ibérico, la América precolombina, Mesopotamia, Egipto, Grecia, Roma, la Edad Media, el Buda iluminado de la India, el Islam, la concha inmemorial del peregrinaje a Compostela, los tiempos modernos. Las distintas etapas de la cultura universal coexisten congeladas para siempre en el abrazo fraterno de este ventanal policromado, que todo lo reconcilia generosamente. Pero la vidriera restituida al fin a su lugar constituye también una mandala donde confluyen los distintos tiempos históricos que ha vivido la Complutense, que hoy se reconcilia consigo misma en el espacio gozoso de estos vidrios art decó. Siento que la memoria rota de mi generación estudiantil queda recompuesta al fin en su mosaico dialogante. Invito a los actuales alumnos a atesorar su civilizado símbolo universitario a cuyo amparo me hubiera gustado estudiar. Pero no importa: su instante cristalizado en el tiempo ya es mío para siempre. Ya dejé dicho que en este punto temporal de mi Honoris Causa confluyen hermanadas las distintas épocas que viví en esta casa letrada, separadas por medio siglo.

Por cierto que este momento en cúspide que aglutina mis tiempos universitarios reconcilia a su vez otra historia, la de mis dos Universidades: la Complutense y la Universidad de Puerto Rico. Provengo de una ínsula extraña, como la llamara san Juan de la Cruz cuando aún duraba el asombro de su reciente descubrimiento. Pero esta ínsula pequeña fue, por milla cuadrada, el país hispanoamericano que más refugiados acogió tras la locura desgarradora entre hermanos de la Guerra Civil española. Mi Universidad terminó siendo la casa de muchos intelectuales que abandonaron por fuerza no solo la patria sino las aulas de aquella Ciudad Universitaria convertida en ruinas tras servir como campo de batalla. Pero nuestra Universidad consoló el dolor de los desterrados y los convirtió en transterrados, por servirme del oportuno término con el que José Gaos se refirió a los españoles residentes en países de lengua castellana. Fue allí en Puerto Rico que cuidamos de Juan Ramón Jiménez, quien nos dedicó su Isla de la simpatía como homenaje de amor. Nuestro Rector Jaime Benítez recogió en Estocolmo el Premio Nobel que recibiera, ya muy enfermo, el poeta de Moguer, pues era entonces un claustral puertorriqueño. Benítez inauguró, por más, la Sala Zenobia-Juan Ramón, donde aún se guardan los libros y legados del poeta. Fue, de otra parte, en el Teatro de nuestra Universidad que el maestro Pablo (Pau) Casals estrenó el Festival que lleva su nombre, y se lo agradecemos otorgándole lo que incluso no teníamos: una ciudadanía

puertorriqueña. Recuerdo la noche que la recibí, confesando un estremecido "lo esperaba". Y ya que hablo de música, cumple evocar al maestro Joaquín Rodrigo, profesor en nuestro claustro, y al arpista Nicanor Zabaleta, que murió entre nosotros. Puerto Rico acogió igualmente a artistas plásticos que ya eran conocidos en España cuando huyeron del conflicto bélico: el escultor Compostela y el pintor Ángel Botello Barros.

También fue allí en mi isla que Pedro Salinas volvió a florecer como escritor tras su exilio norteamericano. Quedó deslumbrado por su país de adopción, y dejó constancia de ello con una gratitud casi agónica: "¿Podría ser que estas islas no conozcan la muerte? ¿Podría ser que estuviera aquí la Belleza absoluta, la iluminación total?" Salinas fue incapaz de medir el tiempo que vivió en Puerto Rico por años o por días; antes confiesa que "está medido por alegrías, por goces, [...] por contemplaciones inolvidables". Gran cómplice de nuestra letrada Nilita Vientós Gastón, trabajó siempre a su lado e incluso le sugirió el título de la revista *Asomante* diciéndole: "para fundar una revista literaria hay que estar loco. Y como ud. está loca, le saldrá bien". Y bien que tuvo éxito, ya que *Asomante* hizo dialogar nuestra literatura con voces internacionales de primer orden, dando a conocer a Puerto Rico desde su vibrante embajada letrada. "Allí tuve más que nunca ganas de escribir", confesaba el poeta madrileño, jactándose de que, en su caso, la leyenda de que el clima tropical inclina a la pereza no se cumplió. Fue en la isla que Salinas cantó a su último amor, el mar de Puerto Rico, convirtiéndolo para siempre en el Contemplado. El poeta optó por quedarse con nosotros, y sus restos descansan hoy en el cementerio marino de San Juan, desde donde sigue escuchando las olas.

Pero Salinas no estuvo solo en su frenesí creador isleño: muchos otros transterrados experimentaron a su vez una proliferación escrituraria asombrosa al amparo de mi Universidad. El legado de la escuela madrileña de Filología nos llegó a través de Federico de Onís, discípulo de Menéndez Pidal, quien fundó nuestro Departamento de Estudios Hispánicos en 1927. Pasados muchos años, allí regresó para quedarse como docente hasta su muerte. Aún recuerdo sus cursos del Quijote y el esmero con el que nos enseñaba a investigar con aquellos ficheros de antaño que me han sido útiles hasta el día de hoy. Tampoco olvido a Francisco Ayala, quien fundó en Puerto Rico la Revista *La Torre*, que se convertiría en portavoz internacional de nuestro centro docente y cuya dirección habría de recaer a la larga en mi marido y colega Arturo Echavarría. Alcancé a evocar con don Paco aquellos años puertorriqueños en las reuniones de la Real Academia Española y pude calibrar cuánto marcaron su alma. También contamos con otro discípulo de Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás, cuyos estudios dialectológicos culminaron en el libro *El español de Puerto Rico*.

Muchos filósofos transterrados, casi todos discípulos de Ortega, terminaron en nuestras aulas. María Zambrano, quien antes de la guerra era profesora en la Ciudad Universitaria, no sólo nos dictó cátedra de filosofía, sino que desde su estudio Isla de Puerto Rico

observó la devastación de su continente de origen y volvió los ojos a América buscando la esperanza de un mundo mejor. También otros españoles ilustres fueron claustrales puertorriqueños: Julián Marías, que escribió páginas memorables sobre Puerto Rico, José Gaos, José Luis Abellán, Antonio Rodríguez Huéscar, Jorge Enjuto y Aurora de Albornoz, tan afín a mi madrina Fanny Rubio. Culmino mi listado con el estudioso que más ha influido en mis trabajos comparatistas hispanosemíticos: Américo Castro, que fuera, a su vez, profesor de mi Universidad. Castro comentaba con cariño fraterno "Para mí, que soy andaluz, [estando en Puerto Rico] pienso hallarme en mi tierra".

Imposible olvidar al inmenso poeta transterrado Jorge Guillén, con quien estudié en Puerto Rico el curso de la Generación del 27. Por su soleada alegría vital le pedí que bendijera nuestra boda, bajo un manzano florido, diciendo su décima "Las doce en el reloj", donde celebra un instante en cúspide, un estado desnudo de historia y anécdota al margen del espacio-tiempo. Inesperadamente, mientras don Jorge hilaba sus versos, las campanas de la ciudad repicaron las doce del mediodía, como si estuvieran contagiadas por la alegría impertérrita del poeta. Algún día publicaré mi correspondencia con don Jorge, que abarca desde 1964 hasta su muerte en 1984, porque recoge el aspecto más íntimo y feliz de su alma. Deseo que mi futura edición se una a la correspondencia de Guillén que custodia la Residencia de Estudiantes de Madrid, donde el poeta saboreó lo mejor de su juventud.

Si Juan Ramón terminó su deslumbrante poema "Espacio" en San Juan, si fue allí que Casals fundó su Festival de música, si allí María Zambrano pensó su continente arrasado por la guerra y Salinas cantó a su Contemplado, cabe considerar que la Universidad de Puerto Rico se convirtió en el espacio más deslumbrante del exilio español. Más aún: gracias a tantas figuras de primer orden que terminaron en nuestras orillas, la institución que hoy llamamos Complutense prácticamente intercambió su egregio claustro de otrora con mi Universidad. Cargo sobre mis hombros aquel antiguo abrazo de acogida que Puerto Rico dio a España, y siento cómo se funde en uno gracias a este abrazo que me da hoy la Complutense al reclamarme como hija. Ya dije de este instante, redentor de otros instantes, que ahora desposa el pasado de aquellos transterrados con mi jubiloso presente. Siento que trueca el Atlántico en un íntimo mare nostrum; o mejor aún, en un río de dos orillas fraternas: la de mi alma mater caribeña y la de la Complutense meseteña, tan amada.

Y tan solidaria. A lo largo de estos años la Facultad de Filología ha contado conmigo para conferencias, cursillos, tribunales de tesis, un grupo de investigación y una memorable estancia con el Programa Erasmus. Nunca podré agradecer lo suficiente la Jornada de Literatura Puertorriqueña que organizaron Cristina Bravo, experta en nuestra literatura, y Almudena Mejías en solidaridad tras el azote del huracán María, que devastó mi país en 2017.

Tampoco puedo pasar por alto el hecho de que soy una de las pocas mujeres hispanoamericanas en recibir esta distinción, y la primera puertorriqueña. Soy hija de un país sin personalidad jurídica y sin embajada propia entre las naciones del mundo, y por eso cada artista o letrado puertorriqueño carga con la singular responsabilidad de convertirse en embajador de su nación. Sé por experiencia lo difícil que es colocar en el mapa a mi isla invisibilizada. En el Líbano mis colegas me abrían cortésmente un mapa mundi para que les ubicara a Puerto Rico; y en Pakistán, cuando dicté una conferencia luciendo el velo, no había manera de hacer entender a mis anfitriones que venía de un país llamado Puerto Rico. Conjeturaron que yo era una descendiente de Al-Andalus: confieso que nunca he tenido una identidad más poética, no empecé no fuera la mía propia. De ahí mi empeño en estampar el nombre amado de Puerto Rico en mis libros, que ha tenido que ser traducido a las doce lenguas en las que éstos se han vertido, desde el persa hasta el chino. Pequeños embajadores letrados estos libros, que son mi pequeño consuelo de afirmación patria. Pero hoy tengo otro, y es inmenso: siento que Puerto Rico entra a la Universidad Complutense de Madrid de mi mano. Ya dije del instante redentor que vivo en estos momentos, homologador generoso de tiempos y espacios disímiles.

He hecho mención de remotas lenguas orientales, y quisiera agradecer el hecho de que hayan sido dos Departamentos -los antes llamados Estudios Árabes e Islámicos y Filología Española II, bajo la dirección del Dr. Ahmed-Salem Ould Mohamed Baba y del Dr. José María Díez Borque- los que respaldaron este Honoris Causa que tanto honra mis estudios en torno a estas dos culturas que se dieron la mano sobre suelo peninsular. Mis investigaciones me hicieron saber que España se constituyó como nación en un diálogo fecundo con las culturas musulmana y hebrea. Siempre me enamoró el misterio de la literatura española, la más fascinante de Europa justamente por sus numerosos enigmas de raíz oriental. He explorado con asombro los motivos temáticos islámicos del Libro de Buen Amor del Arcipreste de Hita y he logrado descifrar muchos pasajes cervantinos que resultan opacos si no se conoce el contexto del cautiverio argelino del autor del Quijote. Hablando sobre todo ello quemé horas inolvidables con mi hermano de entusiasmos, Francisco Márquez Villanueva, que tanto ha hecho por aclarar estos extremos. Me deslumbraron asimismo los extraños manuscritos que los moriscos del siglo XVI escribieron desde la clandestinidad en un castellano transliterado en letras árabes. Fue una inmensa alegría rescatar para la posteridad las voces largamente silenciadas de los últimos musulmanes de España. También he sorprendido los diálogos soterrados de san Juan de la Cruz y santa Teresa con la simbología mística musulmana: ambos reescribieron con pluma fecunda numerosos símbolos sufíes como los siete castillos concéntricos del alma, la noche oscura, las esmeraldas del éxtasis, el pájaro solitario que carece de determinado color. Por cierto que este último símbolo imantó de tal manera a Juan Goytisolo, Premio Cervantes y, para mí, leal compañero de camino, que se las arregló para hacer que nuestras voces literarias cantaran al unísono en su novela Las virtudes del pájaro solitario. Goytisolo cerró su Juan sin tierra en lengua árabe y saboreó la esterofonía

arábica de la prosa babélica de Julián Ríos, pero para mí su gesto hibridizante constituye un inconfesado homenaje a España y un intento de reconciliarse con su historia. Vargas Llosa desconfió siempre del supuesto desprecio antiespañol que expresa en Don Julián: "tanta maldad es sospechosa, cuando se insulta a Dios es como si se le rezara...[estamos ante] una tentativa de purificación por el fuego, atrocemente amorosa". Estoy de acuerdo.

Parecería, de otra parte, que los hispanoamericanos asumimos las "excentricidades" literarias de estos textos peninsulares con un especial sentido de camaradería. Borges lo supo bien: al no pertenecer estrictamente a ninguna tradición literaria europea "consagrada", el pensador latinoamericano puede saquearlas y apropiárselas todas con un alto grado de libertad intelectual, sin la cautelosa precaución con que lo haría un autor europeo.

Provenimos de unas tierras cimentadas en la diversidad de culturas y en la pluralidad de lenguas y de razas. La nuestra no debió de ser una experiencia demasiado distinta de la que se experimentaría en la España medieval de las tres castas, donde Juan Ruiz podría haber chapurreado el árabe y Raimundo Lulio escribirlo con holgura. Al igual que Sem Tob de Carrión, que oscilaba entre el hebreo y el castellano. De experiencias híbridas como éstas es precisamente que nació una literatura pluricultural como la de las jarchas, que requerían poetas políglotas en árabe, mozárabe y hebreo. También la literatura aljamiada y los enigmáticos libros plúmbeos del Sacromonte, que tanto ha ayudado a decodificar Mercedes García Arenal, pues estos textos moriscos tardíos requirieron autores versados en cánones literarios plurales. ¿Cómo no comprender esto desde nuestra América mestiza?

Bien que lo supo Américo Castro al plantearse en la Realidad histórica de España la apremiante pregunta del propio ser, siempre fluctuante, de su nación española, desgarrada entonces por la Guerra Civil. Entendió que un país que fuera llamado simultáneamente Hispania, Sefarad y Al-Andalus no podía ser monolíticamente occidental, sino plural y, por ello, mucho más rico. Pero vale recordar que Castro hizo su valiente propuesta histórica desde su exilio americano --sus libros vieron la luz en México y Argentina -- y que su nombre "Américo" honra su nacimiento en Brasil, lo que le daría por fuerza una óptica hermana para la hibridización cultural. Hoy la Facultad de Filología, reconociéndolo como uno de los grandes intelectuales del siglo XX, le ha dedicado un aula que lo devuelve a su antiguo claustro universitario.

He consagrado mi vida de estudiosa a tender puentes fraternos entre culturas encontradas, y a hacerlas convivir sobre la página escrita, tal como conviven hermanadas en la vidriera art decó de la Ciudad Universitaria. En este grado honorífico que reconoce mis estudios comparatistas, siento que se abrazan simbólicamente Isabel de Castilla, Boabdil de Granada, los moriscos de Aragón y los judíos de Toledo. Y siento también que me acompaña la solidaridad cómplice de estudiosos y escritores como Francisco Márquez

Villanueva, Juan Goytisolo, Stephen Gilman, José Jiménez Lozano y tantos otros que admiraron la complejidad cultural española con la misma veneración que yo. Como lo hizo mucho antes mi mentor póstumo Miguel Asín Palacios, eximio arabista de esta casa, cuyos libros inéditos he tenido el privilegio de dar a la luz, y cuyo birrete azul al fin comparto.

Comencé mis palabras refiriéndome a la perplejidad de san Agustín ante el misterio del tiempo: “si no me lo preguntan, lo sé; si me lo preguntan, lo ignoro”. Hoy sé que muchos tiempos disímiles son capaces de reconciliarse en un instante para mí tan perfecto como aquel que cantara Goethe en el Fausto. En este breve punto en el que me convierto en Doctora por esta universidad, confluyen para mí tiempos y espacios que se redimen y se llenan de luz: mi accidentado pasadillo estudiantil en Madrid con mi jubiloso presente de acogida; la vidriera destruida en la Guerra, que vuelve a refulgir su diálogo intercultural en estos claustros; el antiguo abrazo de mi alma mater puertorriqueña a los refugiados españoles, que hoy culmina en esta bienvenida que me da la Complutense, y que siento a manera de entrañable Doctorado amoris causa.

Prometo pues, como *oblata studiorum*, ser fiel a este anillo que me desposa con la sabiduría de la Universidad Complutense de Madrid, a usar esta toga con dignidad, a abrir el libro de la ciencia con unción, y a no manchar nunca mis guantes de pureza en el ejercicio de mis deberes académicos. Reitero mi gratitud al señor Rector Andradás, a mi madrina Fanny Rubio, a mis nuevos colegas de esta casa, a la Decana Agnes Bosch, que viajó desde Puerto Rico para esta ocasión y a tantos amigos que vinieron desde tan lejos como Túnez y Turquía: *¡ukrân ýaz•lân (جَزِيلاً شُكراً)*: gracias de corazón. Agradezco de manera especial la presencia solidaria del Nobel Mario Vargas Llosa, a quien me une una amistad de cincuenta años. Ambos ostentamos un *Honoris Causa* de la Universidad de Puerto Rico, y hoy esta misma toga nos vuelve a hermanar. Saludo con especial cariño a mis jóvenes compañeros graduandos, deseándoles éxito en la vida profesional que comienzan hoy. No tardaron, como yo, medio siglo en doctorarse, pero les aseguro que doy por buena la larga espera.

Luce López-Baralt